



LA ENTREVISTA FINAL

CLAUDIA DURASTANTI. (Brooklyn, 1984). Nació en Estados Unidos, creció en Italia y ha vivido los últimos años en Londres. Hija de padres sordomudos, narra una infancia disfuncional en 'La extranjera', unas memorias llenas de desarraigo.

«No hay nada natural en la idea de normalidad»

LETICIA BLANCO

Pregunta.— ¿Dónde le pilló el virus?

Respuesta.— El contagio me pilló en Nueva York, la capital de las películas de desastres. Eso ha afectado a la percepción colectiva de tal manera que cuando el virus llegó parecía que ya habíamos vivido esta situación, aunque eso no nos ha servido para estar más preparados. Me pregunto si el abuso de la distopía puede acabar insensibilizándonos.

P.— ¿Cómo lo ve desde Italia?

R.— En Italia la cultura sigue siendo muy cristiana y eso se nota en el cuidado de los mayores. Curiosamente Lombardía, la región donde el virus ha golpeado más, es la que más se parece por estándar de vida a Estados Unidos o Inglaterra. Me fui de Inglaterra porque ya no podía soportar la obsesión por privatizarlo todo, algo que con la llegada del virus se ha acentuado. Allí las minorías siguen percibiéndose como algo ajeno, son enemigos o aliados, como las enfermeras ex-

tranjeras que salvaron a Boris Johnson, pero siempre son vistos como un accidente.

P.— ¿Y en Nueva York?

R.— Lo que más me duele de Nueva York es que la mayoría de las víctimas son ciudadanos que viven segregados: negros, latinos; seres frágiles que son la base de la economía pero viven como ciudadanos de segunda. Es el eco de una civilización que se ha construido sobre la represión de su propia gente.

P.— ¿Afectará a la política?

R.— Lo único positivo es que se ha reforzado la idea del gobierno local y se ha restado poder a lo que un villano mediocre como Trump puede hacer. Los estados azules se volverán más azules y los rojos, más rojos. Yo soy un producto del estado del bienestar, cada día me recuerdo que si el estado no se hubiera ocupado de mí, no habría salido adelante.

P.— ¿De qué manera le ha influido el tener unos padres sordos?

R.— Influyó en mi relación con las palabras y los sonidos. Conquistar el mundo simbólico fue una manera de ejercer algo de distancia respecto a ellos y al mismo tiempo de aprender algo que podía devolverles. A mis padres les debo ser una especie de traficante en el mercado negro del lenguaje.

P.— El confinamiento ha forzado al mundo a experimentar soledad y aislamiento, dos realidades con las que han tenido que lidiar sus padres toda su vida, ¿cómo lo ve?

R.— El mundo entero se ha convertido en mi



SARA LUCAS AGUTOLI

madre. La soledad es su modo de vida y está sometida a un flujo constante de información que no es capaz de comprender del todo. En esta crisis me está ayudando: no me dice que todo va a ir mejor, sino que encontraremos todo lo necesario para sobrevivir. Sonará desolador, pero a mí me reconforta.

P.— En el libro habla de que la discapacidad no es una excepción, sino nuestro destino.

R.— Todos vamos perdiendo habilidades a medida que nos hacemos mayores, es la entropía de la vida. La discapacidad es algo que sólo tiene sentido en un contexto. No hay nada natural en la idea de normalidad.

P.— Critica que en temas de identidad la solidaridad nace de la diferencia, pero cuando se habla de discapacidad, no.

R.— Sé que sonará brutal, pero en los últimos

tiempos muchos aspectos de la identidad se han convertido en algo mercadeable, es algo que veo con el feminismo, lo *queer*, la representación de la gente de color, al margen de la idea de justicia social que demanden. Pero cuando hablamos de discapacidad, todo se complica porque a la mayoría le asusta.

LA ÚLTIMA PREGUNTA

SUFRE TRASTORNO DE PERSONALIDAD, ¿CÓMO ESTÁ?

De joven odiaba ser definida por un manual de psiquiatría. Luego aprendí que dar nombres a las cosas es una manera de prevenir la magia que suelen desprender. La sensación de destrucción ha desaparecido, pero recuerdo a qué huele. Es bueno recordar para no volver ahí.